

Cuidar la tierra, cuidar personas (Pastoral de la Salud y Ecología Integral)

ANTONIO GARROSA

MANUEL PERUCHO DÍAZ

Muy buenas tardes, señoras y señores. Debo empezar mostrando mi agradecimiento personal a Sor Teresa Peña, Delegada Diocesana de Pastoral de la Salud, por haber contado conmigo para participar en esta sesión solemne de la apertura del nuevo Curso para las actividades del Secretariado Diocesano de Pastoral de la Salud. Aunque tengo mis dudas sobre si Sor Teresa y los demás responsables del Secretariado habrán acertado en la elección de la persona, pues mis conocimientos en el ámbito de la Pastoral de la Salud son extremadamente parcos y limitados. En cualquier caso, les pido disculpas por mi atrevimiento, confío en no aburrirles y espero decir al menos algo que les sea de utilidad.

Me han informado de que el título de la charla de hoy se corresponde con el tema sobre el que van a reflexionar a lo largo del Curso que hoy inauguramos, en los encuentros del personal que trabaja en este ámbito de la “Pastoral de la Salud”. Por ello parece apropiado referir de modo especial esta intervención a las enseñanzas luminosas que el Papa Francisco expone en su reciente carta Encíclica *Laudato si*, sobre el cuidado de nuestro planeta, de la tierra o la casa común que nos acoge, y cuya salud resulta determinante para la salud de todos los seres humanos que la habitamos.

Pero igualmente me parece interesante dejar un espacio en mi exposición para hablar de la trascendencia que las grandes virtudes cristianas, la fe, la esperanza y, sobre todo, la caridad, el amor, han de tener en vuestra labor continua como mujeres y hombres entregados al cuidado de la salud –corpo-

ral y espiritual– de los hermanos que sufren al ser probados por la enfermedad. Se da en este sentido la feliz circunstancia de que, también por iniciativa del Papa para toda la Iglesia Universal, estamos celebrando el Año Jubilar la Misericordia, en el que, como correspondencia a la misericordia entrañable de Dios para con nosotros, se nos insta a los cristianos a ser “Misericordiosos como el Padre”. Pues bien, con vuestra tarea abnegada al servicio de los enfermos, vosotros practicáis de verdad una genuina obra de misericordia para con ellos, ejerciendo la caridad cristiana con aquellos sobre los que derramáis vuestro amor y entrega.

Desde las primeras líneas de la encíclica, el Papa Francisco justifica su título recordando a su homónimo el Santo de Asís, al hablar del uso irresponsable que hacemos de los bienes que Dios ha puesto para todos los humanos en nuestra hermana la madre tierra (LS, 2). Recuerda el Papa en este número que también nosotros somos tierra, y más adelante nos propone como ejemplo al mismo Francisco de Asís, atento siempre “al cuidado de lo que es débil”, a la observancia de “una ecología integral, vivida con alegría y autenticidad”, y que estaba convencido de “hasta qué punto son inseparables la preocupación por la naturaleza, la justicia con los pobres, el compromiso con la sociedad y la paz interior” (LS, 10).

La “ecología integral” de la que habla Francisco en su encíclica comprende lógicamente la dimensión humana, pero también incluye la dimensión social y la ambiental, de modo que el cuidado de las personas, al que vosotros estáis entregados, exige de modo ineludible el cuidado de la tierra donde viven. En virtud de esta relación estrecha, el texto pontificio de Francisco (que se incorpora, como él mismo apunta –LS 15– al “corpus” de la Doctrina Social de la Iglesia) dedicará el capítulo IV a desarrollar “los distintos aspectos de una ecología integral, que incorpore claramente las dimensiones humanas y sociales” (LS, 137).

Y puesto que el cuidado de la tierra beneficia directamente a las personas, la ecología adquiere también una innegable dimensión social, de suerte que, como apunta uno de los comentaristas de la encíclica, “no puede haber justicia social sin justicia ambiental”¹. Cuidar la tierra supone también, por tanto, cuidar de las personas, como reza el título de la charla que hoy nos congrega. Por eso el papa Francisco apunta con certera visión: “No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental. Las líneas para la solución requieren una aproximación integral para combatir la pobreza, para devolver la dignidad a los excluidos y

1 ZANOTELLI, Alex. “Los pueblos empobrecidos y la ecología”. En *Cuidar la madre Tierra* (comentario a la encíclica *Laudato si*). Madrid: Ediciones San Pablo, 2015, págs. 19-29. La cita en pág. 26.

simultáneamente para cuidar la naturaleza” (LS 139). De ahí que proclame de forma solemne que el genuino y “verdadero planteamiento ecológico se convierte siempre en un planteamiento social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar “tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres” (LS, 49).

Superando divisiones y egoísmos, y con la certidumbre de que los males del planeta tierra inciden negativamente sobre la salud y la esperanza de vida de sus habitantes, Francisco pide no sólo a los fieles católicos, sino a cada persona en particular (LS, 3), “una solidaridad universal nueva”, “una conversión que nos una a todos, porque el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan y nos impactan a todos” (LS, 14).

En esta línea se sitúa el recorrido crítico que, en la primera parte de la encíclica, hace el Papa Francisco por “distintos aspectos de la actual crisis ecológica”. Como fiel reflejo del compromiso de la Iglesia con los humildes y los más necesitados de la tierra, el Papa muestra su preocupación, entre otros motivos de interés, por “la íntima relación entre los pobres y la fragilidad del planeta, la crítica al nuevo paradigma y a las formas del poder que derivan de la tecnología, la invitación a buscar otros modos de entender la economía y el progreso, el valor propio de cada criatura, el sentido humano de la ecología [...] la grave responsabilidad de la política internacional y local, la cultura del descarte y la propuesta de un nuevo estilo de vida” (LS, 15).

La primera referencia explícita al mundo de la salud y sus implicaciones la encontramos en el número 20, donde Francisco habla de las múltiples formas de contaminación ambiental que afectan cada día a masas ingentes de la población mundial: “La exposición a los contaminantes atmosféricos produce un amplio espectro de efectos sobre la salud, especialmente de los más pobres, provocando millones de muertes prematuras”. Frente a la contaminación producida por las actuales formas de vida (la industrialización masiva, el transporte, las nuevas técnicas agrarias, etc.), incluso las tecnologías más avanzadas se muestran incapaces de ofrecer soluciones, por estar supeditadas a los intereses de las altas finanzas y del capital (LS, 20).

Francisco llama la atención sobre el peligro para el medio ambiente –y por ello para la salud de las personas– de los residuos y desechos (industriales, agrarios, de la construcción y también los clínicos y radioactivos), que por su alta toxicidad suponen un peligro para la población en general, sobre todo para los países subdesarrollados o en vías de desarrollo, y para los sectores más pobres y desprotegidos de las sociedades industriales (LS, 21). Los progresos de la ciencia médica, que mejoran la calidad y las expectativas de nuestra vida y que tanto dolor alivian, tienen esa contrapartida de la peli-

grosidad de los residuos sanitarios, que a vosotros os debe preocupar como agentes de la salud.

La “cultura del descarte”, por la que nuestra sociedad insensible tiende a prescindir –desechándolas– de todas aquellas personas a las que considera un lastre por culpa de la enfermedad o de su edad avanzada, se aplica a gran escala –escribe el Papa Francisco– a infinidad de productos, utensilios y materiales, que se desechan después de usados sin pensar en su posible reutilización. La acumulación de toda esta basura en mares, ríos y lagos, o en espacios vulnerables de la tierra, tiene igualmente unas consecuencias graves para la salud de quienes se ven obligados a convivir directamente con semejantes despojos, que son, como siempre, los más pobres (LS, 22).

Tras alertar sobre los peligros del calentamiento global del planeta y del cambio climático (números 23 al 26), Francisco encara con valentía lo que él mismo denomina “La cuestión del agua” (números 27 al 31), que se presenta como uno de los problemas más graves y preocupantes para el futuro de la humanidad. En efecto, la escasez de este elemento “indispensable para la vida humana” en extensas regiones del mundo, su repartición hartamente desigual, las deficiencias en cuanto a su calidad, con las políticas interesadas –y siempre promovidas por la codicia de unos pocos– en torno a su mercantilización, hacen del agua el recurso clave, por cuyo control podrían desatarse en el futuro unos peligrosos enfrentamientos bélicos. Si a lo largo de la historia los hombres se han peleado por la posesión de ese ídolo de color amarillento que es el metal oro, y durante las últimas décadas luchan por la extracción y la comercialización del llamado “oro negro” (el petróleo como fuente de energía), en el futuro inmediato los mayores enfrentamientos se producirán por el control de ese “oro blanco o incoloro” que es el agua.

Como dato relevante al respecto, tengamos muy presente que el 97% del total del agua existente en el mundo corresponde al agua salada que se encuentra en los mares y océanos. Tan sólo el 3% restante es el “agua dulce” (la que es, por tanto, útil para el servicio del hombre y susceptible de potabilización para el consumo humano), que se renueva cada año y discurre constantemente con arreglo al ciclo hidrológico determinado por la acción del Sol. Al descontar de este exiguo porcentaje el agua solidificada en los casquetes polares (imprescindible, de otra parte, para el equilibrio del planeta), el agua dulce disponible para el consumo de la humanidad representa poco más del 1% del total. Esto explica la escasez de agua en las zonas más deprimidas del planeta, y que algo más del 10% de su población total (unos 800 millones de seres humanos) no dispongan de agua potable, ni siquiera en unas condiciones mínimas de calidad y salubridad. Las consecuencias dra-

máticas sobre la salud y la calidad de vida de tantos millones de hermanos nuestros son más que evidentes. Ante el panorama de esta décima parte de la humanidad que padece una auténtica sed, el mundo desarrollado (y en especial el mundo cristiano) está obligado a la solidaridad y a la práctica de una misericordia efectiva, economizando en todo lo posible el consumo de agua, compartiendo los recursos hidráulicos con quienes carecen de ellos y colaborando al desarrollo de los países pobres que sufren a causa de la sed en condiciones dramáticas. Impulsadas por esta actitud de solidaridad, algunas beneméritas Organizaciones no Gubernamentales (ONG's), de inspiración cristiana en sus principios, han tomado buena nota de esta obligación y desarrollan programas para la dotación de agua potable a numerosos núcleos de población en los países deprimidos de África, de Asia o de la América Central y del Sur.

Frente a tanta injusticia clamorosa en cuanto a la distribución y el uso del agua –inequidad la llama él–, el Papa Francisco alza su voz profética: “El agua potable y limpia representa una cuestión de primera importancia, porque es indispensable para la vida humana y para sustentar los ecosistemas terrestres y acuáticos” (LS 28). Y pone después el dedo en la llaga recordando a quienes más sufren por su carencia: “La pobreza del agua social se da especialmente en África, donde grandes sectores de la población no acceden al agua potable segura, o padecen sequías que dificultan la producción de alimentos”; o a los que padecen por la falta de una mínima calidad en la escasa agua de la que disponen: “Un problema particularmente serio es el de la calidad del agua disponible para los pobres, que provoca muchas muertes todos los días. Entre los pobres son frecuentes las enfermedades relacionadas con el agua, incluidas las causadas por microorganismos y por sustancias químicas”. Y las dolencias que acarrea la carencia o la insalubridad del agua –añade el Papa– “son un factor significativo de sufrimiento y de mortalidad infantil” (LS, 29).

A propósito de las denuncias del Papa a las que me acabo de referir, creo innecesario aclarar que no se refieren, gracias a Dios, a la sociedad española o europea en la que vivimos y en la que vosotros trabajáis. Pero los sentimientos cristianos que inspiran vuestra vocación al servicio de los enfermos deben llevar a la “compasión”, a “sentir con” estos hermanos nuestros las miserias que padecen en sus propias tierras, sean de África, de Asia, de América Latina o de cualquier otro lugar del mundo. De hecho, me imagino que algunos de vosotros (o vosotras) habéis pasado por la experiencia aleccionadora de trabajar en países de misión, o que conocéis al menos de referencia esas situaciones de angustia con las que nos sentimos identificados como her-

manos. Que a todos nos guíe, en actitud consecuyente y comprometida con esta compasión, el ejemplo admirable de testimonio cristiano que nos dan tantos abnegados servidores de los pobres, como lo ha sido hasta el límite del heroísmo la Madre Teresa de Calcuta, proclamada santa hace apenas un mes por el Papa Francisco.

La voz de Francisco se alza con energía—incluso con una cierta dureza—al denunciar los intentos, cada vez más evidentes y osados, de privatización y mercantilización del agua, de convertirla en objeto de una especulación criminal, al servicio de los intereses económicos de unos mercados siempre insaciables de ganancias. Resulta evidente al respecto la grave responsabilidad social de los gobernantes que, desde los más altos niveles internacionales a los puramente locales, consienten o incluso alientan medidas políticas de tamaña injusticia e insolidaridad². Por eso es de agradecer la valentía con la que el Papa condena esta tendencia, incluso destacando los pasajes clave de su juicio con letra cursiva en el original:

“Mientras se deteriora constantemente la calidad del agua disponible, en algunos lugares avanza la tendencia a privatizar este recurso escaso, convertido en mercancía que se regula por las leyes del mercado. En realidad *el acceso al agua potable y segura es un derecho humano básico, fundamental y universal, porque determina la supervivencia de las personas, y por lo tanto es condición para el ejercicio de los demás derechos humanos*. Este mundo tiene una grave deuda social con los pobres que no tienen acceso al agua potable, porque eso *es negarles el derecho a la vida radicado en su dignidad inalienable*” (LS, 30).

En los sucesivos capítulos de la encíclica y respondiendo a su carácter de documento social, el Papa nos advierte con frecuencia sobre las múltiples repercusiones negativas que el continuado deterioro medioambiental tiene sobre la salud y en el plano de la justicia social: así, por ejemplo, denuncia las consecuencias perniciosas del crecimiento desmedido y de las aglomeraciones humanas propias de las grandes ciudades, incluso en los países desarrollados y de economía potente (LS, 44); lamenta la ausencia en múltiples

2 La legislación española ha mostrado en muchas ocasiones auténtica sensibilidad social y de justicia en esta materia, por ejemplo cuando la *Ley de Aguas* de 1985 estableció el “carácter público” de todas las aguas subterráneas de nuestro país, que hasta entonces habían sido de titularidad privada. Sin embargo, en los últimos tiempos, algunas instancias autonómicas y municipales —y esperemos que nunca el gobierno de nacional!— han cedido a las presiones para privatizar la gestión del agua. Y son cada vez más evidentes e inquietantes los indicios que apuntan al horizonte próximo de su mercantilización.

ocasiones de una genuina comunicación humana por el uso y abuso de las nuevas tecnologías (LS, 47) y la degradación medioambiental y su habitualmente paralela degradación humana y social, que inciden “de un modo especial sobre los más débiles del planeta” y dan lugar a “la muerte prematura de muchos pobres” (LS, 48); condena la hipocresía de quienes propugnan grandes programas de control de la natalidad, porque culpan de la escasez mundial de recursos –sobre todo alimentarios– “al aumento de la población y no al consumismo extremo y selectivo de algunos”, que desperdician de forma irresponsable enormes cantidades de alimentos, lo que equivale a “robarlos de la mesa del pobre” (LS, 50); condena también la injusticia e inequidad de naciones enteras y de las grandes compañías internacionales, que llevan a cabo en los países subdesarrollados las actividades contaminantes que no se atreven –o no se les permite– realizar en su propio territorio (LS, 51); y reprocha, en fin, la desmedida ambición de los poderes económicos, que sobreexplotan la naturaleza en su ansia de beneficios, “haciendo pagar al resto de la humanidad, presente y futura, los altísimos costos de la degradación ambiental” (LS, 36), sin importarles nada sus “efectos sobre la dignidad humana y el medio ambiente” (LS, 54 y 56).

* * * * *

Y una vez concluidos los comentarios directos sobre el contenido de la encíclica *Laudato si* y la aplicación de sus enseñanzas a vuestras tareas sanitarias, hablaremos ahora, en un espacio algo más breve, de la inserción de estas mismas labores en vuestra vida cristiana, a la luz de las tres virtudes principales o teologales, con especial referencia a la caridad, al amor.

De todos es conocido “el valor curativo de la fe”³, que aparece acreditado continuamente en el Evangelio. Sabemos bien que Jesús cura cuando el enfermo tiene fe, y sana a las personas en su integridad, en el cuerpo y en el alma, librándolas de las dolencias físicas y perdonando sus pecados. Así actúa en el episodio del paralítico (Mc 2, 2-12 y Lc 5, 17-26), en el del Centurión de Cafarnaum que le pide la curación de su criado (Mt 8, 5-13 y Lc 7, 1-10) y en tantos otros del Evangelio, incluso en el de la mujer adúltera, a la que cura radicalmente, salvando su vida física amenazada por la hipocresía de los acusadores y perdonándole sus pecados (Jn 8, 1-11). Por el contrario, en Nazaret,

3 Precisamente con este título, *El valor curativo de la fe*, el Secretariado de Pastoral de la Salud me invitó hace unos años a participar en una mesa redonda programada en el marco de la Semana Diocesana del Enfermo.

su propio pueblo, Jesús no pudo realizar milagros ni apenas curaciones por la poca fe de sus paisanos (Mc 6, 1-6). Desde entonces y hasta nuestro tiempo, las manos sanadoras de aquel Jesús de Nazaret siguen mostrando su eficacia, valiéndose para ello de tantos buenos profesionales de la medicina entregados de verdad a su vocación⁴ y de los avances de la ciencia. Por estos medios de los que Dios se sirve (incluidos la atención y los cuidados constantes recibidos en los hospitales y centros de salud), todos debemos dirigir nuestra mente a Dios en oración de agradecimiento. Así, la dimensión de fe sincera que nos alumbrará en nuestro peregrinaje nos obliga a ser luz que ilumine el camino de los hermanos, en vuestro caso el de los enfermos que atendéis para procurar su curación.

De igual forma debéis ser suscitadores de esperanza entre los enfermos a los que atendéis, pues la esperanza es también un factor de sanación y actúa como un bálsamo que mitiga el dolor. La dimensión de esperanza sincera supone una actitud personal que debe ser compartida con los hermanos. La esperanza implica una plena confianza en Dios como genuino fiador de todo bien. En el ámbito de vuestro trabajo, os animará hasta empeñaros en lograr para vuestros enfermos un clima de serenidad, de actitud confiada en ese Dios que siempre desea nuestro bien, a pesar de que las apariencias puedan indicar lo contrario.

Y la dimensión del amor sincero al solo Dios, como principal mandamiento, supone la aceptación del segundo, el de amar al prójimo como a nosotros (Mt 22, 30-40), lo que implica un serio compromiso con los hijos de Dios a lo largo de la vida. Sólo así seremos fieles de verdad al mandamiento del amor fraterno que Jesús señaló como distintivo para sus discípulos (Jn 13, 34). Y en la hora final, “a la tarde de la vida”, la medida o grado de este amor se evaluará según haya sido nuestro servicio a los pobres, a los enfermos, a los marginados y a los desvalidos, cuyo rostro es el propio rostro de Jesús humillado. En la medida que Dios nos ama y es misericordioso con todos y cada uno de sus hijos (y el paradigma de su amor y su misericordia lo encontramos explicitado en la bellísima parábola del Hijo Pródigo o del Padre Bueno, Lc 15, 11-32), nosotros hemos de corresponder con la misma actitud de amor y misericordia hacia los hermanos que nos muestra la parábola, no menos bella que la anterior, del Buen Samaritano (Lc 10, 25-37).

Ninguna de las tres dimensiones teológicas se puede dar sin las otras dos, de modo que al final, en el auténtico espíritu cristiano, todas se funden

⁴ Estoy pensando, por ejemplo, en la elevada calidad profesional y humana de la joven oncóloga que ha tratado hasta hace poco a mi mujer, víctima ahora también del mismo mal que ella se dedicó a curar con eficacia en tantos enfermos.

en una: la que se refleja en el Dios amado, creído, esperado y “poseído” por todos. En el Dios que, en la persona de su hijo Jesús, amó a los suyos que estaban en el mundo y los amó –y nos sigue amando– hasta el extremo (Jn 13, 1), hasta dar su vida por nosotros. Sin perder de vista esta realidad, quienes de verdad creemos en Dios y esperamos en Él debemos cimentar la esperanza aquí, en este mundo terreno, haciendo que opere y se manifieste en paralelo con el ejercicio de la caridad hacia los hermanos, por amor a ese Dios-Amor en quien creemos. Así nos haremos merecedores de la salvación que ya nos ha sido garantizada por Cristo Jesús. ¡Con cuánto acierto lo expresó San Juan de la Cruz en uno de sus dichos de luz y amor: “A la tarde de la vida te examinarán en el amor”! El Santo carmelita resumía así lo que el propio Jesús nos había anunciado de modo admirable –y sigue haciéndolo hasta hoy para todos los que creen en Él– con aquella suprema lección que encontramos en el capítulo 25 del Evangelio de San Mateo que evoca el gran Juicio Universal, donde hace pedagogía sobre la verdad integral, sobre cómo la fe, la esperanza y el amor deben impregnar nuestra vida.

En el juicio con el que Dios premie o castigue, como leemos en la parábola del Juicio general (Mt 25, 31-46), habrá bienaventurados y desdichados. Y es en ese texto definitivo donde Jesús proclama, sin lugar alguno para la duda, que cuando Dios llama junto a sí a los suyos proclamándolos “Bienaventurados”, no los distingue por el color de su virtud. No dice de unos que amaron, de otros que creyeron y de otros que esperaron. La túnica con la que son admitidos al banquete de boda (al banquete del Reino), la vestidura de gloria que Dios reconoce en ellos (Mt 25, 31-46) es la tejida con el hilo precioso de haber sido cuidadores de enfermos, visitantes de encarcelados, cultivadores de la solidaridad, auxilio eficaz para los necesitados de cualquier condición, rectos administradores de la justicia, solícitos creadores de puestos de trabajo, buenos administradores de los bienes y los asuntos públicos, animadores de niños, jóvenes y mujeres en desamparo, abnegados esposos que fructifican en hijos y son felices. Al mirarse en este espejo singular, cada uno se reconocerá a sí mismo y se juzgará: con sus obras dignas de Dios, con su conducta de amor a los hermanos, los elegidos se han hecho acreedores a la esperanza en Dios y al amor de ese Dios que los recibe.

La conclusión es obvia: todo creyente, ya sea hombre o mujer, joven o maduro, de actividad privada o con alguna proyección en la esfera pública, si hace de su vida un servicio en la verdad a la causa del amor y de la justicia es motivo de auténtica esperanza en su caminar hacia Dios, comparte esta esperanza con los demás hombres y mujeres y la suscita en las personas con las que vive y trabaja. Esa, precisamente, ha de ser vuestra misión como

agentes cristianos de la salud: servir a los enfermos que se confían a vuestros cuidados, ejerciendo así –pues para el cristiano “servir” equivale a “reinar”– la potestad “regia” que, con la sacerdotal y la profética nos corresponde a todos por el bautismo⁵.

Es verdad que el dolor no se desea, que no se le pide expresamente a Dios, pues no debemos ser masoquistas. Dios no quiere que sus criaturas sufran, sino que sean felices, que tengan vida y la tengan en abundancia. No en vano ya en el siglo II enseñaba San Ireneo de Lyon aquello de que “la gloria de Dios es que el hombre viva”. Pero el dolor es una consecuencia del pecado, y es inherente a la naturaleza humana, porque todos somos pecadores. Por fortuna, cuando el dolor y la enfermedad llegan, la fe cristiana nos consuela, facilitándonos su aceptación como una realidad con la que nos encontramos a lo largo del camino de nuestra vida, de la existencia humana, tal como lo expresaba en sus versos el gran poeta castellano: “Este mundo es el camino/ –que andamos mientras vivimos– para el otro, que es morada/ sin pesar”⁶.

Cuando se ven afectados por el sufrimiento, además de proporcionarles los cuidados físicos y paliativos, empeñaos, con vuestro servicio cristiano, en suscitar en los enfermos aquella esperanza que les permita rezar, parafraseando el emocionante Salmo 22: “El Señor es mi pastor: nada me falta. Aunque camine por las cañadas oscuras de la enfermedad y del dolor nada temo, porque Tú –Señor– vas conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegan”. Tratad de que vivan con esperanza esa experiencia dolorosa, conscientes de que, también en medio del dolor son amados por Dios, que quizá se sirve de esa situación para mostrarles un camino de purificación y de paz interior. Que sepan que Jesús nos espera dispuesto siempre a escucharnos en nuestros cuidados, a perdonar y a compartir nuestro dolor; y precisamente por ello está, “para esperar, los pies clavados”, como escribió Lope de Vega en su conocido soneto *A Cristo crucificado*. Porque, repitiendo las palabras del Salmo 40, quienquiera que se sienta enfermo o aquejado por el dolor físico puede tener la seguridad y el consuelo de que “el Señor lo sostendrá en el lecho del dolor y aliviará los dolores de su enfermedad”.

Quiero recordaros, para terminar, aquel otro dicho de San Juan de la Cruz: “El mirar de Dios es amor”. Es una gran verdad que encontramos en el

5 Conforme enseña el Concilio Vaticano II, los laicos participan de la “función regia” de Cristo mediante el servicio a los demás, a los hermanos, habida cuenta de que sirven a un Rey (Cristo, en la persona de sus hermanos pequeños, de los que habla precisamente el pasaje evangélico del “Juicio Universal”) a quien servir significa “reinar”, y mediante la contribución de cada uno de nosotros a la extensión del Reino (LG 36a).

6 *Coplas por la muerte de su padre*, estr. 5.

Evangelio, donde se nos dice que Jesús curaba las dolencias del alma y sanaba las del cuerpo rozando a los enfermos con sus manos, al tiempo que los envolvía con su mirada en signo de amor. Pues bien, que, conforme a lo que rezamos este año con frecuencia en la oración del “Jubileo de la Misericordia”, vuestra mirada a los enfermos quiera ser siempre un reflejo de aquel mirar de Jesús lleno de amor, que apartó a Mateo y a Zaqueo de la idolatría del dinero (Mt 9, 9 y Lc 19, 5); que curó de sus concupiscencias y de sus amores desordenados a la samaritana (Jn 4, 5-29), a la pecadora que ungió sus pies (Lc 7, 36-50) y a la mujer adúltera (Jn 8, 1-11); que perdonó su traición a Pedro (Lc 22, 61-62) y aseguró el paraíso al ladrón arrepentido (Lc 23, 43); que envolvió con el dulce sonido de su nombre a María Magdalena (Jn 20, 14-16) y que, junto con su palabra, hizo arder los corazones de los discípulos de Emaús (Lc 24, 29-32). Que el vuestro para los enfermos sea un continuado “servicio de amor”, porque, aun reconociendo la calidad de nuestra sanidad española y la excelente preparación de sus profesionales, como escribía el Papa Benedicto XVI en su primera encíclica, “no hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio de la caridad” (DCE, 28b).

Ojalá nosotros –como indica el rótulo de esta charla– estemos siempre dispuestos a trabajar en paralelo por el cuidado de las personas y el de la tierra que habitamos, para así rezar a Dios con la oración por nuestra tierra y la creación que el Papa Francisco sitúa como broche de su encíclica:

“Tú, que rodeas con tu ternura todo lo que existe,
derrama en nosotros la fuerza de tu amor
para que cuidemos la vida y la belleza.

Sana nuestras vidas,
para que seamos protectores del mundo
y no depredadores;
para que sembremos hermosura
y no contaminación y destrucción.

Enséñanos a contemplarte
en la belleza del universo,
donde todo nos habla de ti.

Dios de amor,
muéstranos nuestro lugar en este mundo
como instrumentos de tu cariño

por todos los seres de esta tierra,
porque ninguno de ellos está olvidado ante ti.

Los pobres y la tierra están clamando:
Señor, tómanos a nosotros con tu poder y tu luz,
para proteger toda vida,
para preparar un futuro mejor,
para que venga tu Reino
de justicia, de paz, de amor y de hermosura.
Alabado seas.
Amén”.

Muchas gracias por vuestra atención.